

LAS PINTURAS DEL BOHEMIO IGNAZ TIRSCH SOBRE MÉXICO Y CALIFORNIA EN EL SIGLO XVIII

Por Miguel LEÓN-PORTILLA

Ha sido un calendario para 1970, impreso en Checoslovaquia, el primer portador de la noticia de un descubrimiento que interesa a la historia cultural de México. Se trata del reciente hallazgo, en la Biblioteca Estatal de Praga, de un volumen con cuarenta y siete pequeñas pinturas, reflejo de la naturaleza, la vida y las costumbres en la capital de Nueva España y en la Antigua o Baja California durante la segunda mitad del siglo XVIII. El calendario en cuestión, publicado por Editio Cimelia Bohemica, ofrecía como muestra trece de esas pinturas en verdad merecedoras de atención.

Y no concluye aquí la breve historia del hallazgo. Un ejemplar de dicho calendario paró en manos de un librero y editor norteamericano, Glen Dawson, que, entre otras cosas, ha publicado en la ciudad de Los Ángeles una ya larga serie de volúmenes –treinta y dos hasta la fecha–, todos en relación con la historia de Baja California. El atractivo de las muestras dadas en el calendario, hizo que el señor Dawson se trasladara a Praga para localizar y examinar la colección completa en la Biblioteca Estatal, donde las cosas se facilitaron gracias a la doctora J. Urbankova, directora de ese importante repositorio. Las pinturas, hechas sobre hojas de un papel de buena contextura, tienen 49.5 cms de ancho por 32.5 cms de alto, con excepción de siete de ellas que son de un tamaño menor: 34.5 cms por 20.5 cms.

Consecuencia del examen directo de las pinturas fue que Dawson se propusiera dar a conocer tan interesante testimonio sobre el pasado novohispano. El volumen que, en limitada edición de 900 ejemplares, acaba de aparecer, incluye una bien lograda reproducción de las cuarenta y siete pinturas e igualmente algunas noticias acerca de su autor, Ignaz Tirsch, nacido en Bohemia en 1733, ofrecidas en una breve introducción por Doyce B. Nunis.¹

¹ *The Drawings of Ignacio Tirsch, A Jesuit Missionary in Baja California*, Narrative by Doyce B. Nunis, Jr., Translation Elsbeth Schulz-Bischof, Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1972, 26 p.+ 47 láminas.

Afortunadamente tenemos al alcance más datos sobre la vida de Ignaz Tirsch, que fue un jesuita misionero en Baja California. La nueva información que aquí daremos proviene de la documentación que hemos reunido a propósito de la península californiana en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional. Pero antes queremos referirnos al valor y contenido de las pinturas mismas. Si bien la mayor parte de éstas son distintas imágenes de la naturaleza, los pobladores indígenas y los incipientes centros o misiones bajacalifornianas, hay ocho de ellas cuyos temas atañen a la vida y la cultura en la ciudad de México y sus alrededores.

Se hallan entre estas últimas una que muestra el interior del edificio del Colegio de San Ildefonso –la hoy Escuela Nacional Preparatoria–, las que presentan a un colegial y a una pareja de indígenas paseando o a dos nativos laborando en sus chinampas; las que nos dejan contemplar a unas distinguidas señoras sentadas en un coche tirado por caballos o al conjunto de personajes al lado de una carroza o participando en reuniones sociales con el lucimiento de los atavíos novohispanos en medio del solaz de la música y el baile. Y no sólo es digno de tomarse en cuenta el valor estético de estas pinturas, en las que hay no poco de ingenuidad, como si se tratara de un arte popular. Su importancia se deriva igualmente de su carácter de testimonio, bocetos de la vida en la ciudad de México en la segunda mitad del XVIII –los usos y costumbres, y la suntuosidad de sus edificios–, todo ello interpretado con los ojos de un jesuita natural de Bohemia, que pasó asimismo varios años en la lejana California.

Y por lo que toca ya a las pinturas de tema californiano, puede decirse que resalta en ellas el interés de un hombre aficionado a lo que hoy llamamos historia natural y etnología que, con su arte, supo dejar verdaderos documentos para el estudio de realidades, algunas de las cuales no existen más. Mencionemos, por ejemplo, las pinturas en las que se representan distintas escenas de la vida de los indios californios, dueños de tan precaria cultura; o aquellas otras en que la flora y la fauna de la península aparecen con vivos colores, al igual que las imágenes de lo que eran las misiones y los incipientes poblados en lugares como San José del Cabo, Santiago y Cabo Lucas. No cabe duda que para el moderno investigador de la historia californiana y para todos cuantos se interesan por la cultura novohispana, las creaciones de Ignaz Tirsch poseen valor extraordinario.

Y tiempo es ya de que digamos algo sobre este jesuita oriundo de Bohemia, que pasó en la Nueva España cerca de doce años. Como lo consigna Doyce B. Nunis en su introducción, Ignaz Tirsch nació en la ciudad de Comotau, en

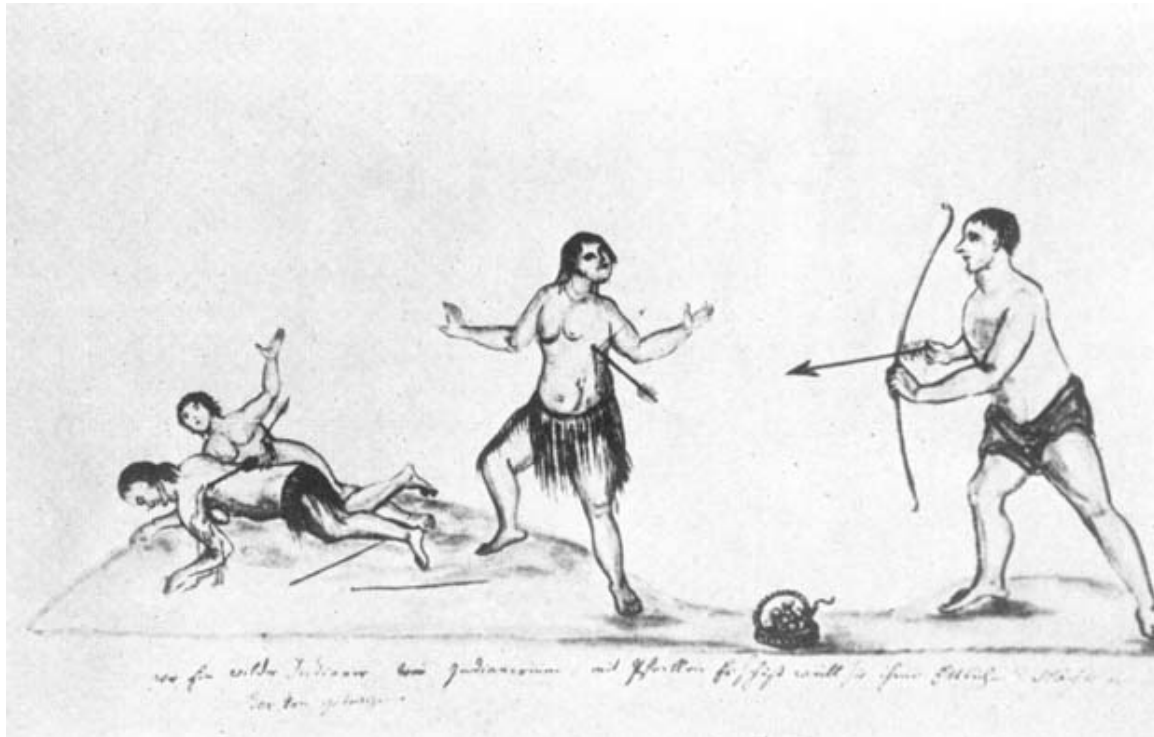
Bohemia, en 1733. En 1754, o sea a los veintiún años de edad, ingresó en la Compañía de Jesús. Algún tiempo después, trasladándose a Cádiz, se embarcó allí con rumbo a Veracruz para concluir sus estudios en la Nueva España a donde había sido destinado por sus superiores como futuro misionero en las apartadas regiones del noroeste mexicano. Tirsch, que pronto comenzó a ser conocido con la versión castellana de su nombre como “el padre Ignacio”, pasó algunos años en el Colegio Máximo de los jesuitas. Allí, y también más tarde en el Colegio del Espíritu Santo, en Puebla, dio remate a sus estudios y se familiarizó a la vez con la vida y las costumbres novohispanas.

A mediados del verano de 1761 el padre Ignacio, en compañía de otro jesuita, oriundo también de Bohemia, que llegaría a ser célebre explorador del norte de la Baja California, Wenceslao Linck, emprendió la marcha hacia Sinaloa y Sonora, donde pudo visitar varias de las misiones establecidas por sus hermanos de orden religiosa. Algo más tarde, en 1762, después de una breve travesía, llegó al puerto y presidio de Loreto, capital entonces de California. Al parecer su destino permanente en la península, durante los cinco años de su estancia en ella, fue la misión de Santiago en la región meridional. Como lo notó él mismo en el texto que puso a una de sus pinturas, allí laboró entre los nativos e incluso edificó una nueva iglesia, ya que la más antigua había sido destruida durante la gran rebelión indígena entre los años de 1734 y 1738.

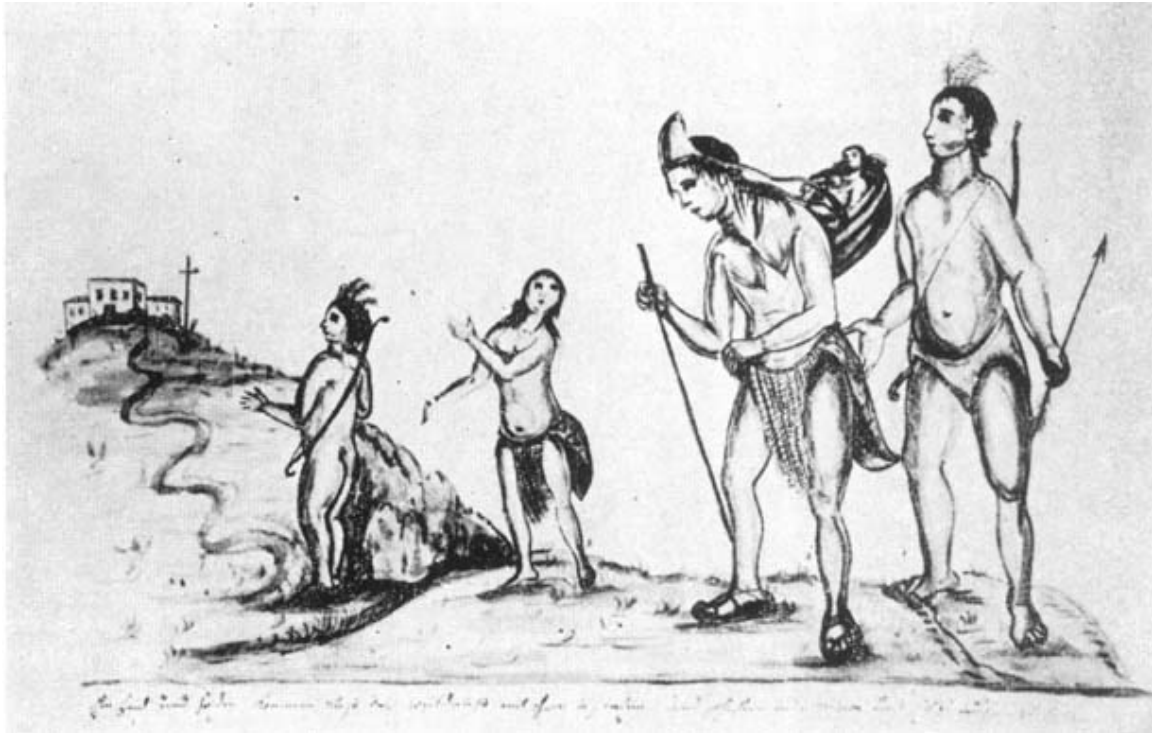
Cita Doyce D. Nunis, en la edición sacada a luz por Dawson, otros pocos hechos más en relación con la vida de Tirsch. Aduciendo el testimonio del también misionero Juan Jacobo Baegert, recuerda unos “bonitos versos” que había compuesto el padre Ignacio a propósito de las langostas, con el comentario burlón de que bien podría haber escrito “todo un libro sobre los destrozos y daños que causaron éstas en su misión de Santiago...”²

Y es ya relativamente muy poco más lo que acerca de Tirsch se nos ofrece en la introducción al libro de sus pinturas. Se recuerda que fue él quien primero estableció contacto con el gobernador Gaspar de Portolá que, desembarcado en San José del Cabo, el 30 de noviembre de 1767, venía precisamente a disponer la expulsión de los jesuitas de California. Finalmente se alude a su salida –con el resto de los misioneros– rumbo al destierro, el 4 de febrero del siguiente año. De su vida, trasladado ya a Europa, la última noticia es que pasó primero a Ostende, en Bélgica, en abril de 1769, de donde debió

² Juan Jacobo Baegert. *Noticias de la península americana de California*, versión del alemán de Pedro R. Hendrichs, México, Robredo, 1942, p. 58.



Un combat entre indios californios.



Indios californios que se acercan a una misión.



Una fiesta de criollos.

salir rumbo a Bohemia, ya que, al parecer, allí pasó modestamente, en alguna pequeña parroquia, el resto de su existencia.

Algo más –y creemos que de cierto interés– podemos añadir a la anterior información. Nuestros datos acerca de Tirsch convergen sobre un mismo punto: fue hombre que, en sus cinco años de estancia en California, se interesó hondamente por su historia y sus realidades en el campo de la naturaleza.

Otro misionero, Miguel del Barco, autor de una amplia crónica californiana que recientemente hemos publicado, nos habla de las aficiones del padre Ignacio.³ En una carta dirigida al padre superior Lizasoain, estando todavía Del Barco en la península, el 25 de octubre de 1764, escribe: “Avisé que el padre Tirsch podrá dar razón de lo animal y vegetal [en California] porque es aficionadísimo a pasearse en estos dos reinos y observador curioso de lo que hay en ellos...”⁴

Y otro jesuita, que también tuvo que salir exiliado de México, el humanista veracruzano Francisco Javier Alegre, notó por su parte, al escribir sobre las misiones, que “una u otra cosa pudiéramos añadir, especialmente por lo que mira a la parte meridional de la California, tomada de la curiosa relación que tenemos manuscrita del Padre Ignacio Tyrsk [Tirsch]...”⁵

Mas si desconocemos hoy el paradero de esa “curiosa relación”, nos queda en cambio el testimonio, probablemente más elocuente, de las cuarenta y siete pinturas que nos han hecho fijar aquí la atención en Tirsch. A una de éstas aludiremos ahora que, además de ser también “curiosa” en sí misma, vuelve a poner en relación a su autor con el ya citado Miguel del Barco. Nos referimos a la que el propio Tirsch describe como representación de “un extraño pez que vive en el mar del norte, en California. Tal vez es esta especie la que inspiró... a inventar la ficción de la sirena. Tiene realmente dos pechos que más parecen de mujer que de animal”.

La pintura de semejante *peje mulier*, tanto debió impresionar a Miguel del Barco que, al hablar en su obra acerca de la fauna marina, copió la ilustración de Tirsch con la siguiente nota:

³ Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, edición preparada por Miguel León-Portilla, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973.

⁴ “Carta de Miguel del Barco al padre Ignacio Lizasoain, de 25 de octubre de 1764” (Biblioteca Nacional de México, Archivo franciscano, 4/69.1).

⁵ Francisco Xavier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, 4 vols., edición preparada por Ernest J. Burrus y Félix Zubillaga, Roma. 1956–1960, t. IV, p. 138.

La del padre Tirs. Los ojos muy blancos, el cuello y pechos blancos, la cola a modo de arco, boca y nariz chica, el grandor, según me acuerdo, era más de dos cuartas, pero esto se salva pues hay de todas edades.⁶

Así, por intereses afines de espontáneos naturalistas, Del Barco y Tirsch quedaron, como en el mito, hondamente impresionados por lo que les pareció una especie de evocación de la sirena y que, en consecuencia, designaron como *peje mulier*.

Un último testimonio tenemos de que el jesuita y pintor bohemio del siglo XVIII distraía sus soledades hurgando en la naturaleza tan rica en maravillas de California. Se trata de una carta suya –la única que conocemos– y que, aunque no compensa la pérdida de su “curiosa relación”, es por demás elocuente. La carta, de la que extractamos aquí unos párrafos, va dirigida al colega Miguel del Barco, desde la misión de Santiago, el 16 de junio de 1762. Primeramente, y como si se anticipara a la burlona crítica que había de hacerle Juan Jacobo Baegert, por haber compuesto unos versos en relación con las langostas, discurre el padre Ignacio acerca de los daños causados por éstas, entrando luego a precisar sobre lo que él mismo había observado de su naturaleza y comportamiento:

Mucho nos aprovechan los caritativos socorros de arriba, pues acá va cada día peor por la mucha langosta que, a la más florida tierra de la descubierta California, hácela más triste y melancólica sepultura. Y si no me constara que vuestra reverencia [Miguel del Barco] harto conociese cuán dañoso sea este insecto, algo más me dilatara en dar algunas reflexiones que a pesar mío hube de observar... Así pues, el chapulín... (su) quijadita, porque no pude ver división, parece toda una pieza. Es a modo de lima en la parte que le corresponde para mascar. Además, el tragadero tiene como muelas que son seis puntitas sobresalientes... Como el meneo de roer es tan continuo, se encienden, aunque no en llamas visibles: las plantas se secan... Es cierto que unas plantas come y otras no. Entre las que no, son los melones; la lechuga poco prueba y la deja. Y no vale decir o porque son duras, amargas o lactíferas, no; porque de igualmente duras, amargas, lactíferas plantas, come muy bien. Ojalá no comiera nada. De sabor quizá poco sabrá, pues no tiene especial tripita o estómago porque no tiene más que un canutillo que, desde la boca,

⁶ Barco, *op. cit.*, p. LI.

penetra al remate de su cuerpecito. Y así, cuanto es el meneo de tragar, tanto es el despedimiento de lo tragado, lo que se ve en la tripita: lluvia de su excremento...⁷

Otra cuestión, que toca luego en su carta, versa sobre la abundancia de vegetación que, a pesar de toda, hay en región tan árida como la península californiana: “Paso a reflexionar sobre una admiración que se forma sobre las muchas plantas de la California, y cómo hay tantas plantas, árboles al parecer tan aguanosas, en un suelo tan seco y árido...”

Tras hacer largas consideraciones sobre el modo como, a su juicio, tal cosa se explica por la absorción que ocurre en los vegetales, a modo de ósmosis, de líquidos bastante profundos en la tierra, concluye este punto con una atinada salvedad:

Vuestra reverencia [dice a Miguel del Barco] perdone tanta moledera porque no tengo otro motivo sino el deseo de aprender, discurriendo con vuestra reverencia que me puede corregir, pues tanto lo entiende y es de este gusto... porque nuestros padres en la California no todas gustan de estas materias, porque no les tira por ahí el genio.

En otro lugar de esta más bien larga carta, con verdadero sentido de modernidad, sostiene Tirsch que no es ciertamente el influjo de los astros, como se muestran en California, la causa ni de una supuesta decadencia de los animales traídos a ella, como los perros, ni tampoco de la propalada idea de malas inclinaciones innatas en los indios. A su juicio, todo se debe a crianza y educación. Veamos al menos su consideración tocante a los perros:

Dicen... que en California no son leales los perros. Oiga, ¿será, según su capricho, un astro desleal que influye en los pobres perros de California las malas calidades? Dénse mejor cuidado en criarlos y verán que las propiedades de los perros criados en la California no serán otras que en otros países. Dénles sus amos de comer bien desde chicos, no los dejen ir robando tasajeros, ranchos, cocinas, etcétera. Procuren que no les falte en casa, porque, si de otro modo lo hacen, tendrán los perros poco amor al amo y reconocerán tantos amos cuantos les diesen un bocado... No puedo tragar semejantes desatinos...

Todas estas reflexiones, y otras más que afloran en la carta de Tirsch, confirman su permanente interés por hurgar en las realidades naturales y huma-

⁷ “Carta de Ignacio Tirsch a Miguel del Barco, Santiago, California, 16 de junio de 1762”. Biblioteca Nacional de Italia, Fondo Jesuítico, 1467.

nas de esa apartada península, en la que pasó cinco años de su vida. Esto solo parece explicar ya por qué llegó a escribir también la “curiosa relación” mencionada por Francisco Javier Alegre y por qué, finalmente, se convirtió en espontáneo pintor de las maravillas que le salían al paso: el mundo de los vegetales, los animales y los seres humanos, nativos de California. La colección de sus cuarenta y siete pequeñas pinturas –entre las que además afloran sus recuerdos acerca de la ciudad de México–, viene a ser así el mejor de los documentos que alcanzó a dejar este jesuita bohemio, trasladado a Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII.

No conocemos ciertamente otra forma de recordación pictórica, por lo que toca a la Baja California, de tan grande interés como la obra de Ignacio Tirsch. Para la historia de la cultura novohispana los afanes de Tirsch tienen una importancia que toda proporción guardada, cabe comparar con los de otros que, más tarde, habrían de dejar testimonios plásticos de lo que aquí contemplaron, como Claudio Linati, Friedrich Maximilianus Waldeck y Lucas Vischer. Bien podemos alegrarnos del afortunado hallazgo de las cuarenta y siete pinturas de Tirsch que, redescubiertas por el editor Glen Dawson, enriquecen el mundo de las imágenes forjadas, en relación con el ser histórico de México, por hombres de diversos tiempos y culturas.